

# ENTRE LA HISTORIA Y LA LITERATURA:

## EL IMAGINARIO REVOLUCIONARIO

Tomás Bernal Alanís \*

*La revolución, así entendida, es parte de un movimiento más antiguo, que tiene viejas raíces, y más amplio, que no ha terminado, que se proyecta en el futuro.*

RAMÓN BETETA

### INTRODUCCIÓN

[ En 1947 aparecería en la revista *Cuadernos Americanos* un artículo de Daniel Cosío Villegas *La crisis de México* donde ponía en entredicho a la Revolución Mexicana y la sentenciaba a muerte.<sup>1</sup>

Como los grandes mitos históricos de una Nación, la gesta armada de 1910 había creado a su alrededor una aureola de permanencia y actualidad en lo político. La Revolución era la fuente por antonomasia del nacionalismo y defensora de los derechos de las masas. La gran visión que creó la historiografía mexicana y extranjera, y que esta última tuviera en el historiador Frank Tannembaum a uno de sus más

\* Departamento de Humanidades, UAM-A.

<sup>1</sup> Cosío Villegas, Daniel, "La crisis de México" en *Cuadernos Americanos*, vol. XXXII, núm. 2, México, Cuadernos Americanos, 1947.

preclaros portavoces por difundir el aspecto agrario de la Revolución Mexicana, enmarcaría este proceso:

“Según hemos visto, la Revolución motivada en gran parte por el malestar en la cuestión agraria. El futuro inmediato de México quedará determinado por los cambios que la Revolución origine en la estructura agraria del país”.<sup>2</sup>

A la voz de Daniel Cosío Villegas, se habían sumado anteriormente otros intelectuales como Luis Cabrera que en 1931 daba una serie de conferencias con el tema *El balance de la Revolución*, donde cuestionaba la efectividad de la Revolución de entonces y la de ahora, o en otras palabras, la época prerrevolucionaria y la posrevolucionaria, en concreto, los años veinte.

El mismo movimiento revolucionario había creado como todo movimiento de transformación social una serie de incertidumbres de su propio desarrollo, y no es casual, que algunos de los títulos y estudios de la época sean sugerentes al respecto: Querido Moheno *A donde vamos* (1915), Manuel Gamio *Forjando Patria* (1916), Martín Luis Guzmán *La querrela de México* (1915), entre otros.

Todos ellos enmarcan la preocupación por ir delineando los grandes trazos de expresión de la lucha armada. Se suman a esta tarea: sociólogos, economistas, filósofos, antropólogos, literatos, y artistas, en general.

El humanismo resurge como una posición intelectual que busca respuestas a los grandes problemas nacionales y se intenta construir un imaginario revolucionario que dé respuesta a las preguntas sobre el acontecer nacional. La aparición de figuras preocupadas por lo nacional, lo mexicano, no se hace esperar.

<sup>2</sup> Tannembaum, Frank, “La Revolución Agraria Mexicana” en *Problemas Agrícolas e Industriales* de México, vol. IV, núm. 2, México, PAIM, 1952, p. 103.

Así surgen en el horizonte personalidades como: Antonio Caso, Miguel Othón de Mendizábal, Manuel Gamio, Alfonso Reyes, Alfonso Caso, Manuel Gómez Morín, Luis Cabrera, José Vasconcelos, Pedro Henríquez Ureña, Vicente Lombardo Toledano, Moisés Sáenz, entre otros, que hacen de su reflexión un trabajo de construcción de la realidad nacional.

Pero no sólo el campo de las ciencias sociales fue un terreno fértil para los proyectos y programas revolucionarios, sino también el espacio literario sufre transformaciones para intentar dar una respuesta a los problemas del campo, de la explotación, del caudillismo, del problema indígena, de la pobreza, en general, de las masas.

## HISTORIA Y LITERATURA

La historia y la literatura se volvían a encontrar en su interminable coqueteo intemporal. La historia expresándose a través de los hechos y procesos y la literatura explicándolos con su lenguaje lleno de imaginación, pero a la vez, de realismo.

La Revolución Mexicana significó un cambio en la vida de México. Las viejas estructuras de dominación en el mundo rural porfiriano, imbuidas de haciendas y explotación del trabajo campesino sufrieron los primeros embates de la modernización y el cambio.

Los programas revolucionarios contenidos en planes y decretos marcaron el ritmo de las asonadas, cuartelazos, golpes de Estado, en fin, del curso que los hombres de carne y hueso —caudillos— quisieron impregnarle a los sucesos revolucionarios.

La misma Revolución Mexicana se transformó en un palimpsesto de sus antecesores. Las historias se sucedían unas a otras. La vida se convirtió en una serie de reconocimientos y desconocimientos a través de los planes políticos. El Plan de San Luis, el Plan de Ayala, el Plan de Agua Prieta, el Plan de Teoloyucan, etcétera, etcétera, de

Porfirio Díaz a Francisco I. Madero, de Victoriano Huerta a Venustiano Carranza, de Adolfo de la Huerta a Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles; el reloj revolucionario marcaba las horas de los momentos finales de los caudillos y sus ideas, lo efímero de los planes y sus figuras.

La trascendencia revolucionaria no sólo fueron las acciones de los caudillos, de su existencia y práctica, sino del papel que jugaron las masas como actores cada vez más visibles del proceso revolucionario y su inserción en un proceso de representación colectiva.

Y así surgía en este contexto de luchas y enfrentamientos de caudillos y facciones militares, la imagen imperecedera de estereotipos de lo mexicano y su realidad: la adelita, los juanes, los trenes repletos de la gente que se fue a la bola, la china poblana, el charro mexicano, que a continuación citamos unas palabras sobre él:

De andar sencillo pero majestuoso  
cual corriente de arroyo impetuoso  
que asomara su ritmo a la raza  
es el charro pintoresco y tradicional  
un símbolo del sentir nacional.<sup>3</sup>

El proceso de construcción de una historia oficial estaba en marcha por edificar un pensamiento que resaltara los valores y estereotipos del México posrevolucionario.

Los actos de pensar, escribir, crear y representar enmarcaban un espíritu patriota que enlazaba de manera más estrecha las relaciones entre el Estado y el intelectual. La producción artística asumía este compromiso de ensalzar lo nuestro como un valor imperecedero en el horizonte de los tiempos futuros.

Ya lo remarcaba así el escritor Agustín Yáñez —autor de algunas de las mejores obras sobre el tema, *Al filo del agua* y *Las tierras flacas*:

<sup>3</sup> “El charro” en *Paisajes y Tipos Mexicanos*, México, s. ed., 1936, p. 11.

“Esta es la grave responsabilidad del artista: forja y orienta el espíritu nacional y lo eleva a planos de universalidad en la medida de su poder creador. Es sintomático que los grandes períodos históricos de los pueblos sean precedidos o coincidan con la aparición de sus grandes obras de arte, índices de madurez nacional. No puede hablarse de nacionalidad, es decir, de conciencia colectiva en marcha, si falta el testimonio del arte, que concreta esa conciencia”.<sup>4</sup>

Y así la Revolución con el paso del tiempo se convirtió en un mito, en una obra inacabada, que avanza pero no termina, que va dejando rastro en los campos de la provincia mexicana y va dando un rostro nuevo a la Nación.

Con este espíritu frenético de fraternidad y búsqueda del cambio, el poeta zacatecano Ramón López Velarde impulsa en 1921 un sentimiento nacionalista al pintar en su inmortal poema *La suave patria*, la riqueza y mosaico de culturas de la provincia mexicana. Es la voz del poeta que hace enardecer el ánimo de una sociedad que quiere cambiar, pero que todavía tiene en sus entrañas la tradición que entorpece los sueños modernizadores del Estado mexicano.

Ahora es también el esplendor de esa prosa sencilla, emotiva y popular que arranca los sentimientos más profundos del pueblo mexicano para compartirlos en una cultura nacional. La novela de la Revolución Mexicana encabezada por Mariano Azuela con *Los de abajo* (1915), Martín Luis Guzmán *El águila y la serpiente* (1928) y *La sombra del caudillo* (1929), Nellie Campobello *Cartucho* (1931), Gregorio López y Fuentes *Tierra* (1938) y *¡Mi General!* (1934), Francisco L. Urquiza *Tropa vieja* (1931), Rafael F. Muñoz *¡Vámonos con Pancho Villa!* (1931), y *Se llevaron el cañón para Bachimba* (1931), Mauricio Magdaleno *El Resplandor* (1937), y otros.

Todos ellos remarcaron el sentido popular, soberano, agrario de la lucha armada de 1910:

<sup>4</sup> Yáñez, Agustín, *Conciencia de la Revolución*, México, SEP, 1968, pp. 41-42.

“Toda una generación de escritores mexicanos, los unos militantes activos de la Revolución, los otros espectadores asombrados del profundo drama, se han adentrado con apasionamiento sincero en la creación de una literatura de hondo carácter social, esforzándose por interpretar los acontecimientos trascendentales, que han venido creando un perfil acusado del nuevo hombre de México, que forja el destino histórico de nuestra patria”.<sup>5</sup>

En este ambiente de proyectos, deseos, programas, acciones, etcétera, el Estado ha emprendido una serie de participaciones en todos los campos de la vida nacional. Idea que ha sintetizado muy bien el historiador americano y gran conocedor de la historia de México, Carleton Beals:

“Cualquiera que sea el resultado final, México más que ningún otro país latinoamericano está tratando de fundar una nación basada en la libertad económica para los obreros y campesinos, mediante la propiedad semicomunal, empresas cooperativas y colectivización gradual, Bancos para el pueblo en vez de Bancos para los especuladores, un experimento nuevo y grande en materia de educación, democracia y cooperativismo”.<sup>6</sup>

## EDUCACIÓN Y CULTURA

Otro de los grandes hitos de este periodo posrevolucionario fue la creación de la Secretaría de Educación Pública, obra emprendida por el Estado en 1921, dejando al frente de ella, al intelectual José Vasconcelos, que desarrolló el gran proyecto de las cruzadas culturales, no superada hasta nuestros días.

<sup>5</sup> Prólogo en *Novela de la Revolución Mexicana*, México, SEP, 1945, p. V.

<sup>6</sup> Beals, Carleton, *América ante América*, Santiago de Chile, Zig-Zag, 1940. p. 342. Es importante resaltar que la construcción de este imaginario mexicano estuvo influido por los escritos de gente extranjera como: Frank Tannebaum, Anita Brenner, Hubert Herring y muchos más.

Vasconcelos al igual que Manuel Gamio, Moisés Sáenz, Rafael Ramírez y otros importantes intelectuales —que representaban a la antropología mexicana— buscaron la integración del indígena a la nación; al coadyuvar a la creación de un imaginario que representara el estereotipo de lo nacional: el charro, la china poblana, y otros más, para garantizar una cohesión de imágenes, culturales.

El folklore, el arte popular y la educación sembraron en los ideales posrevolucionarios un imaginario de integración y desarrollo de un espíritu nacionalista coherente con los cambios sociales operados en el país: la reforma agraria, la educación, etcétera. La educación jugó un importante proceso por divulgar esta cultura del alma mexicana, como la asienta Vasconcelos:

“Vasconcelos, desde otro punto de vista, proponía la creación de escuelas especiales de indios en todas las regiones pobladas por indígenas. en las cuales se enseñarán el castellano, rudimentos de higiene y economía, cultivo y aplicación de máquinas a la agricultura”.<sup>7</sup>

Ante la problemática de integración, se buscó el modelo del filósofo norteamericano John Dewey, que consistía en crear alrededor de la escuela una función práctica de las actividades del pueblo. A las actividades de lectura y escritura, se sumaba una serie de obras relacionadas con los problemas de la vida cotidiana de las comunidades rurales mexicanas.

Y así ante este intento por integrar un ideario nacional, nos llevó a preguntarnos por las limitaciones que presentaba el campo mexicano y que fueron muy bien definidas por el profesor Moisés Sáenz en un texto de 1928, *La educación rural en México*: “El medio en el cual ha

<sup>7</sup> Alba, Víctor, *Las ideas sociales contemporáneas en México*. México, FCE, 1960, p. 34.

de actuar la escuela rural mexicana, es un medio de pobreza espiritual, de incapacidad económica y de aislamiento”.<sup>8</sup>

Con ello se puso en marcha un programa educativo en todo el país y la figura del indígena se conformó en un proyecto por integrarlo al proceso de civilización, concretándolo entre otros aspectos, en su función económica, como algunos antropólogos en su momento así lo concibieron: Lucio Mendieta y Núñez y Miguel Othón de Mendizábal.

Al igual que se buscaba el aspecto constructivo de la Revolución, también en las letras se hizo ironía y crítica sobre el movimiento armado de 1910. Los viejos esquemas de lealtad entre caudillo y seguidores, así como la traición alcanzaron puntos dominantes en la obra de Mauricio Magdaleno *El compadre Mendoza* (1932), y por supuesto, en la obra cumbre de la novela revolucionaria sobre el sistema político mexicano dominado todavía por la figura del caudillo en Martín Luis Guzmán *La sombra del caudillo* (1929), que aparece el verbo “madrugar” como esencia de hacer política en México en los años posrevolucionarios.

La representación del imaginario revolucionario rebasó los cánones de su configuración y a las mismas generaciones de intelectuales y escritores que hicieron de la historia mexicana su campo de inspiración literaria.

Lo mexicano alcanzó dimensiones de lo universal con la obra de Samuel Ramos en 1934, *El perfil del hombre y la cultura en México* y llegamos a la cena de la civilización, que tanto había pregonado en sus escritos Alfonso Reyes. Otros campos disciplinarios como la antropología, la sociología, la economía, reforzaron ese sentimiento de bus-

<sup>8</sup> Sáenz, Moisés, *La educación rural en México*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1928, p. 10. En este significativo folleto, el autor analiza los problemas, retos y posibilidades que tiene la educación rural en un México compuesto por un mosaico de lenguas y culturas, para iniciar el proceso de integración nacional.



car el alma mexicana en el arte popular, las artesanías, el folklor, y posteriormente, la música que nos heredó la radio y las imágenes imborrables que nos dejó en nuestra memoria el cine nacional y su época dorada.

## AGONÍA REVOLUCIONARIA

La historia y la literatura se trenzaron en una pareja inseparable para reflexionar sobre la Revolución Mexicana. Los grandes logros de la literatura revolucionaria engrandecieron la imagen de un pasado glorioso lleno de Juanes y Adelitas, de actos heroicos y cantos populares.

La historia se convirtió en el campo fecundo de una literatura que ensalzó, y a la vez, criticó los postulados sociales de la Revolución. Todos los géneros literarios abordaron la temática, ya sea en el cuento, la dramaturgia, la poesía, y por supuesto, en la novela.

Con la lucha armada se inició un ciclo denominado *Novela de la Revolución Mexicana*, que va desde “el padre” Mariano Azuela hasta los últimos estertores en la prosa de José Revueltas y Juan Rulfo.

Los de abajo fueron escuchados, y su voz por primera vez, se quedó grabada en una serie de obras que construyen un imaginario revolucionario que ayudó al Estado a construir una cultura de lo mexicano. Las voces dispersas se unieron para cantar al unísono las grandezas y promesas que había generado la Revolución, pero también, la historia fue puesta a los ojos de una literatura crítica en obras como *Los relámpagos de Agosto* (1964) de Jorge Ibarguengoitia y *La Muerte de Artemio Cruz* (1962) de Carlos Fuentes.

Al final, la historia revolucionaria se desgastó con el paso del tiempo, la literatura se constituyó en su más fiel guardián de la memoria revolucionaria. Tal vez, la mejor imagen que sintetiza esta dualidad, es el panorama desolado del campo mexicano, donde los campesinos transitan como fantasmas de ese mundo que está al borde de la

desaparición. Un magistral epílogo de esta escena sería sin duda *Pedro Páramo*, síntesis y figura de nuestro destino.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALBA, Víctor, *Las ideas sociales contemporáneas en México*, México, FCE, 1960.
- BEALS, Carleton, *América ante América*, Santiago de Chile, Zig-Zag, 1940.
- BRENNER, Anita, *Ídolos tras los altares*, México, Domés, 1983.
- COSÍO VILLEGAS, Daniel, "La crisis de México" en *Cuadernos Americanos*, vol. XXXII, núm. 2, México, Cuadernos Americanos, 1947, pp. 29-51.
- FUENTES, Carlos, *La muerte de Artemio Cruz*, Barcelona, Bruguera, 1980.
- GUZMÁN, Martín Luis, *La sombra del caudillo*, México, Porrúa, 2001.
- IBARGÜENGOITIA, Jorge, *Los relámpagos de agosto*, México, Joaquín Mortiz, 1978.
- KAY VAUGHAN, Mary, *La política cultural en la Revolución*, México, FCE, 2001.
- MAGDALENO, Mauricio, *El Resplandor. El compadre Mendoza*, México, PROMEXA, 1979.
- MAROF, Tristán, *México de frente y de perfil*, Buenos Aires, Claridad, 1934.
- MATUTE, Álvaro, *La Revolución Mexicana: actores, escenarios y acciones. Vida cultural y política, 1901-1929*, México, INEHRM/Océano, 2002.
- Novela de la Revolución*, México, SEP, 1945.
- Paisajes y tipos Mexicanos*, México, s. ed., 1936.
- SAÉNZ, Moisés, *La educación rural en México*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1928.

TANNEMBAUM, Frank, *La Revolución Agraria Mexicana en problemas Agrarios e Industriales de México*, vol. IV, núm. 2, México, PAIM, 1952.

YÁÑEZ, Agustín, *Conciencias de la Revolución*, México, SEP, 1968.



 **AZCAPOTZALCO**  
COBEI BIBLIOTECA